

Mantenido en funciones, Peytral pudo hacer votar á paso de carga por ambas Cámaras los presupuestos de 1894, que se elevaban á 3.414 millones de gastos. A pesar de la mala organización del trabajo parlamentario, se promulgó la ley sobre la higiene y la seguridad en los talleres industriales y la ley sobre la asistencia médica gratuita en el campo. Terminada la legislatura, fueron promulgadas, al mismo tiempo que la ley de Hacienda, la ley sobre el sueldo de los maestros de escuela y la ley de los cuadros militares. Más tarde lo fueron una ley sobre el ejército colonial, que no se ejecutó, otra sobre las sociedades y otra sobre la residencia de los extranjeros en Francia.

La política exterior bajo el ministerio Dupuy, antes de las elecciones, se reduce á la transformación de la legación de Washington en embajada, á las esperanzas formuladas por Develle en la tribuna sobre el fin de la ocupación inglesa en Egipto, á la repercusión que tuvieron en el Parlamento los sucesos de Siam y el cambio de miras que determinaron, en agosto, las colisiones entre obreros franceses é italianos en Aguas Muertas. Estas deplorables colisiones ocasionaron manifestaciones antifrancesas en Italia. Francia había acordado enviar fuerzas navales contra los siameses que se negaban á reparar los perjuicios causados á los súbditos franceses y á evacuar los territorios del Anam y del Cambodge que habían invadido, asesinando á un inspector francés, cuando el gobierno de París recibió la noticia de que los siameses se opondrían á la entrada de los buques franceses en el Menán. Develle hizo dar al almirante Husmann la orden de no pasar la barra del Menam; pero esta orden no llegó á su destino, y el *Inconstante* y el *Cometa* pasaron la barra bajo el fuego de los fuertes y de los barcos siameses, evitaron los torpederos y fondearon en Bangkok el 13 de julio. Al día siguiente, el populacho de Bangkok saqueó el *J.-B. Say*, buque de las mensajerías fluviales cochinchinas, que, después de haber varado, acababa de ser puesto á flote. En vista de aquella nueva violación del derecho de gentes, el ministro residente de Francia, Sr. Pavie, envió al ministro de Negocios extranjeros de Siam un ultimátum reclamando las satisfacciones y reparaciones que en su concepto eran debidas á Francia.

La contestación del gobierno siamés fué tal, que el Sr. Pavie se retiró con el pabellón de la legación á bordo del *Fortuit* y las fuerzas navales francesas bloquearon la desembocadura del Menam.

Tan enérgica actitud venció todas las resistencias: el bloqueo de Menam había sido notificado el 28 de julio á todas las potencias; el 29 sometióse el Siam, aceptando hasta las garantías complementarias que Francia exigía de él. El 3 de agosto se levantó el bloqueo; el 20, el rey de Siam recibió solemnemente al enviado de Francia, Sr. Le Myre de Villers, y el 1.º de octubre se firmó el convenio franco-siamés.

Las elecciones generales fueron precedidas por una tentativa de modificación de la ley electoral y por una campaña de discursos y banquetes, que comenzó casi al mismo tiempo que la subida de Dupuy al poder. El 25 de mayo fué votado el proyecto de ley que modificaba las circunscripciones electorales, conforme las variaciones del número de habitantes de cada distrito. Quedó singularmente restringida la libertad de los elec-

tores por varias enmiendas que excluían de la elegibilidad á los ministros del culto, á los funcionarios retribuidos, á los contratistas del Estado y á los empleados de estos contratistas.

Durante la campaña electoral, León XIII, en una carta al cardenal Lecot, arzobispo de Burdeos, renovó sus declaraciones sobre el respeto debido al gobierno de hecho.

En un discurso pronunciado en Tournon, Goblet hizo el proceso de la concentración y el del gabinete Dupuy y reclamó con la revisión de la constitución por un Congreso, una ley sobre las asociaciones y reformas financieras.

El manifiesto de los radicales socialistas iba firmado por Barodet, Maujan, Mesureur, Clemenceau, Pelletán y otros. Millerand estimaba que este manifiesto decía demasiado poco en demasiadas palabras, y Julio Guesde, en nombre del *Consejo nacional del partido obrero*, redactó el manifiesto colectivista.

Las elecciones legislativas se verificaron el 20 de agosto y las de empate el 3 de septiembre. Fueron pacíficas en todas las circunscripciones, salvo donde se presentaban Floquet, Clemenceau y Cassagnac; los corifeos del radicalismo gubernamental, del radicalismo de oposición y del imperialismo fueron derrotados por el socialista Faberot, al radical Jourdan y el republicano independiente Basco. Resultaron elegidos: 311 republicanos gubernamentales, 122 radicales, 58 monárquicos, 49 socialistas y 35 republicanos conservadores de nuevo cuño. Las elecciones fueron, en suma, un gran triunfo para la República.

Un éxito mayor estaba reservado al gabinete Dupuy. El zar Alejandro III había resuelto devolver á Francia la visita que recibiera de la escuadra y de los marinos franceses en Cronstadt y en San Petersburgo. El 13 de octubre, la escuadra rusa, compuesta de 5 acorazados, un crucero y un cañonero, á las órdenes del almirante Avelane, fondeó en Tolón. Desde el punto de vista técnico, como fuerza ofensiva ó defensiva, era escuadra de una potencia de segundo orden. Pero esto no lo observaron más que los especialistas. La muchedumbre vió en la visita de la escuadra rusa lo que debía verse: una demostración de la alianza entre Francia y Rusia é hizo á los aliados una acogida entusiasta. De Tolón, donde el almirante Rieunier los había recibido en nombre del gobierno, los Estados mayores y una delegación de las tripulaciones rusas marcharon á París, donde les esperaba la misma acogida que en Tolón. El 29 de octubre, los rusos salieron de este puerto, donde les despidió Carnot, en medio de iguales ovaciones. Momentos después de haber zarpado la escuadra, un telegrama de Alejandro III, fechado en Gatchina, transmitió al presidente de la República y á Francia entera las expresivas gracias de la nación rusa. La visita de los grandes duques Sergio, Pablo, Vladimiro y Alejo á Carnot, la del zar, durante su veraneo en Copenhague, á los buques franceses *Isly* y *Surcouf*, acentuaron aún más el alcance de aquella imponente manifestación.

Al inaugurarse, el 14 de noviembre, la legislatura extraordinaria, habían cesado la larguísima huelga de mineros del Paso de Calais y la corta huelga de los tranvías de Marsella, acontecimientos que parecían consolar aún más la situación del gabinete.

El primer acto de la nueva Cámara fué la elección de Casimir-Perier como presidente interino. El 18 de noviembre, después de la proclamación de la mitad más uno de los diputados y la elección de la mesa definitiva, el presidente del Consejo leyó, á guisa de programa, un sumario de los trabajos que se imponían á la Cámara. Terminada esta lectura, los Sres Jaurés y Millerand interpellaron al gobierno sobre su política «retrógrada y provocativa;» retrógrada porque se apoyaba, según Jaurés, en los republicanos conservadores, y provocadora porque había mandado cerrar la Bolsa del trabajo y respetar la libertad del trabajo en las huelgas. Dupuy contestó sin grande energía á estos ataques desmesurados, cuidándose más de criticar las teorías socialistas que de defender su administración. La discusión fué varias veces aplazada para ser reproducida á intervalos hasta que Dupuy abandonó el salón de sesiones, día 25 de noviembre, y llevó la dimisión colectiva del ministerio al presidente de la República.

A falta de votación, los últimos incidentes de la Cámara servían de indicación para la orientación política.

VIII

Después de una crisis ministerial que duraba desde el 25 de noviembre, el presidente de la Cámara de diputados, Casimir-Perier, constituyó nuevo gabinete el 2 de diciembre, con Reynal en el Interior, Burdeau en Hacienda, Spuller en Instrucción Pública, Bellas Artes y Cultos, Dubost en Gracia y Justicia, Viger en Agricultura, Marty en Comercio, Jonnart en Obras Públicas, el general Mercier en Guerra y el vicealmirante Lefevre en Marina. Casimir-Perier se encargó de la cartera de Negocios Extranjeros con la presidencia del gabinete. Nieto del ministro de Luis Felipe é hijo del ministro de Thiers, Juan Casimir-Perier era á su vez ministro, por primera vez, y en él pusieron gran confianza los republicanos, porque en aquel hombre recto y leal veían un carácter y una voluntad.

Entre los lugartenientes de Perier, el más notable era Spuller, que había cedido el primer puesto á su joven amigo, á pesar de haber sido el verdadero autor de la nueva combinación ministerial. El antiguo compañero de luchas de Gambetta había llegado al pináculo de su carrera política y de su talento. La autoridad de su joven colega, Burdeau, no necesitaba ser consagrada por la posesión de una nueva cartera.

Del 2 de diciembre de 1893 al 29 de mayo de 1894, la historia de la Tercera República se reduce casi á la historia parlamentaria, que se limitó á las relaciones del poder ejecutivo con la Cámara de los diputados. Casi solo, Casimir-Perier tuvo que sostener el peso de la discusión, ya contestando á las interpellaciones dirigidas á sus colegas, ya interviniendo después de ellos para completar ó rectificar sus declaraciones. En su declaración ministerial, en sus discursos, en sus contestaciones reside todo el interés de aquel período. Los demás acontecimientos, aunque no todos carecen de importancia, fueron como ahogados por la resonancia de las palabras del presidente del Consejo.

La declaración del 4 de diciembre lo pinta de cuerpo entero. Después de condenar las fórmulas abstractas,

las prevenciones injustificadas y las clasificaciones arbitrarias, defiende los dos grandes principios de la Revolución francesa: la libertad y la propiedad individuales; después de lo cual, se compromete á dar á los negocios públicos la unidad y la fijeza de miras que constituyen un gobierno digno de este nombre y á oponer á las doctrinas socialistas, no el desdén, sino la acción generosa y fecunda de los poderes públicos. A esta afirmación, único punto algo vago del documento, sigue todo un programa de reformas legítimas y posibles y de proyectos trascendentales que el gobierno se propone realizar. Tanto en el Senado como en la Cámara la declaración ministerial obtuvo la mejor acogida; en una y



Alberto Grevy

otra asamblea se experimentó la impresión de un verdadero cambio en Francia.

Según costumbre, la Cámara tuvo que pronunciarse acerca de la constitución del nuevo gabinete, después de la lectura del programa ministerial. La extrema izquierda le proporcionó ocasión de hacerlo presentando una proposición de amnistía para los huelguistas y para los dos boulangieristas condenados por el Alto Tribunal, proposición que fué desechada.

Carlos Dupuy, elegido por 251 votos contra 213 dados á Brissón, para la presidencia de la Cámara, tomó posesión de ella el 7, pronunciando un discurso del que conviene recordar estas palabras: «La libertad de la tribuna es la garantía común de los partidos, la razón de ser y el honor del régimen parlamentario.» La elección de Dupuy para la presidencia fué una victoria para el gabinete. Dos días después, el nuevo presidente tuvo ocasión de justificar, en una grave circunstancia, las cualidades de sangre fría y oportunidad que lo había hecho elegir. La Cámara discutía el acta del Sr. Mirmán, cuando un espectador, desde una tribuna pública de la derecha, tiró una bomba que hizo explosión, después de haber chocado contra una de las columnas del circuito, proyectó por todas partes clavos y trozos de hierro, levantó una nube de polvo y esparció un olor irrespirable por la parte derecha del salón de sesiones y el hemiciclo. En el primer momento, pocos diputados y espectadores se dieron cuenta de que acababa de cometerse un atentado. Cuando se hubo disipado la obscuridad relativa del salón, cuando se hubieron llevado

á las personas heridas por los cascos del proyectil, reanudóse la sesión y Carlos Dupuy pronunció estas palabras: «Señores, continúa la sesión.» Continuó, en efecto, y el acta electoral de Mirmán fué validada. Casimir-Perier, que había permanecido inmóvil en su banco, cruzado de brazos, durante el incidente, subió luego á la tribuna y dijo: «Hay en este país leyes que protegen á la sociedad; se hallan confiadas á nuestra guardia y las aplicaremos.» El Padre Lemire, diputado por Hazebrouck, había resultado herido en el cuello por un casco de hierro. Hubo sesenta heridos leves y, entre ellos, el autor del atentado, un anarquista llamado Vaillant, que fué llevado al hospital de la Cité.

El 11 de diciembre, el ministerio presentó á la Cá-



Beral

mara cuatro proyectos de ley, destinados á completar la legislación existente y á asegurar una protección más eficaz de la sociedad. Uno de ellos modificaba los artículos 21, 24 y 29 de la ley de imprenta de 29 de julio de 1881; el segundo agravaba el artículo 265 y siguientes del Código penal sobre las asociaciones de malhechores; el tercero agravaba el artículo 3.º de la ley de 19 de junio de 1877, sobre los explosivos, y el cuarto abría al ministerio del Interior un crédito de 800.000 francos, destinado á aumentar la política y que fué consagrado á la creación de comisarios de policía especiales en los centros urbanos. El preámbulo, puesto al frente del proyecto de ley de imprenta, explicaba que el artículo 435 del Código penal había tenido que modificarse, á fin de poder castigar el empleo criminal de máquinas explosivas, la provocación á cometer cualquier atentado de esta naturaleza y la provocación á cometer cualquier crimen ó delito de robo. Una disposición nueva castigaba la apología de dichos crímenes, lo mismo que la provocación á cometerlos, y elevaba á cinco años el máximo de prisión á que el delincuente podía ser condenado. El artículo 49 modificado confería á la autoridad judicial el derecho de embargar los escritos, impresos ó carteles que contuviesen la provocación á los crímenes ó su apología y de mandar proceder á la detención de los acusados, conforme á las reglas del Código de instrucción criminal. El proyecto se discutió rápidamente, y se aprobó por 413 votos contra 63.

El 15 de diciembre, la Cámara adoptó por más de

400 votos los otros tres proyectos contra los anarquistas. El Senado los aprobó sin oposición.

El día 1.º de enero de 1894 se practicaron, en París y en provincias, 2.000 reconocimientos en casa de todos los anarquistas conocidos de la policía, descubriéndose documentos comprometedores, pero ninguna máquina explosiva. Renovadas con frecuencia durante los seis primeros meses del año, aquellas pesquisas y las detenciones casi diarias de anarquistas no dieron gran resultado. La condenación y ejecución de Vaillant no impidieron la explosión de la bomba de Emilio Henry en el café Términus, ni las explosiones del hotel Saint-Jacques y del Faubourg-Saint-Martin, ni la de la Magdalena, en que pereció Pauwels, supuesto autor de las dos explosiones anteriores, ni la del 4 de abril, en el restaurant Foyot, que estuvo á punto de costar la vida á Laurent Tailhade, el admirador del *hermoso gesto* de Vaillant tirando la bomba en la Cámara. La ejecución de Emilio Henry (21 de mayo) precedió de un mes al crimen de Lyon.

El 7 de enero tuvo efecto la renovación del Senado, que fué una nueva victoria para el partido republicano que, de 94 puestos, ganó 88. El 16 de enero, la Cámara votó la conversión del 4 y medio en 3 y medio por 100, operación admirablemente preparada por el joven ministro de Hacienda, Sr. Burdeau.

Entre las interpelaciones más notables señalaremos la de un diputado de la Reunión, Brunet, que interrogó al gobierno sobre su política en la isla de Madagascar. Casimir-Perier contestó de modo que hubiese cierta incertidumbre sobre las intenciones del gabinete, considerando que era tan peligroso anunciar una expedición, sin haber tomado las medidas necesarias, como anunciar que no habría nunca expedición alguna.

Un deplorable incidente, la muerte del coronel Bonnier, caído en una emboscada de los tuaregs cerca de Tombuctú, hizo subir nuevamente Casimir-Perier á la tribuna el 10 de febrero. Sin disminuir ni exagerar nada, el presidente del Consejo expuso claramente la situación, declarando que ciertos ardores habían sido excesivos y ciertos arrojados irregulares, y terminó sus explicaciones diciendo que era imposible evacuar Tombuctú, porque semejante evacuación sería la más imprudente de las medidas, aun desde el punto de vista de la seguridad de los franceses.

El 12 de febrero empezó una importante discusión sobre el aumento de los derechos de importación del trigo extranjero en Francia. Meline quería que el derecho fuese de 10 francos por quintal; la Comisión aduanera de la Cámara proponía 8 francos; Viger, ministro de Agricultura, se contentaba con 7 francos. La Cámara dió razón al ministro.

En el transcurso del mes de febrero, el Senado había adoptado la proposición de ley que daba á las mujeres el derecho de votar en las elecciones consulares, pero sin que fueran elegibles. El 2 de marzo adoptó un proyecto de ley sobre los errores judiciales que, pocos años después, había de tener una aplicación de gran resonancia.

A propósito de una interpelación del Sr. Dionisio Cochin sobre un bando del alcalde de Saint-Denis prohibiendo las procesiones en la vía pública y la exhibición de emblemas religiosos en los entierros, el señor

Spuller, ministro de Cultos, contestó que la primera parte del bando del alcalde era legal y que la segunda era ilegal, por cuyo motivo había sido anulada por el Consejo del Estado. Continuando sus observaciones, Spuller expuso en los siguientes términos la política religiosa del gabinete: «Hora es ya de inspirarse en el principio superior de la tolerancia... de la tolerancia que emana de la libertad del espíritu y de la caridad del corazón... Hora es ya de luchar contra todos los fanatismos..., contra todos los sectarios... Sobre este punto, podéis contar á la vez con la vigilancia del gobierno para mantener los derechos del Estado y sobre el *espíritu nuevo* que lo anima.» El espíritu nuevo era el que tendía «á inculcar en los franceses las ideas de buen sentido, de justicia y de caridad necesarias á toda sociedad que quiera vivir.» El 29 de marzo, publicóse un decreto reglamentando la aplicación de ley relativa á las fábricas eclesiásticas.

De la política religiosa, la Cámara pasó á la política propiamente dicha, discutiendo una proposición de revisión del Sr. Bourgeois, que quería reducir el poder legislativo del Senado á un simple veto, de duración limitada. Después de una larga discusión en que tomaron parte los principales oradores de diferentes grupos y en que Casimir-Perier pronunció el discurso más importante de su vida ministerial, la proposición fué desechada por 311 votos contra 207.

Antes de las vacaciones de Pascua, el Parlamento votó la transformación de la administración de Colonias en ministerio, y esta cartera fué confiada al señor Boulanger, presidente de la Comisión senatorial de Hacienda. Su instalación en el pabellón de Flora del palacio del Louvre obligó al Ayuntamiento á tolerar, no sin recriminaciones, la instalación del prefecto del Sena en el Palacio Municipal.

Las vacaciones parlamentarias no fueron localmente turbadas más que por la huelga de Trignac, donde se habían arruinado, una tras otra, dos importantes sociedades. La segunda, obligada á suprimir el trabajo de 46 refinadores de metal, consintió en pagarlos, durante tres semanas, como simples obreros, á razón de 28 céntimos por hora, reclamaron 31 céntimos que fueron concedidos, y el trabajo parecía que iba á reanudarse cuando la presencia del Sr. Toussaint, diputado, y del Sr. Poulain, secretario de la Federación de París, interrumpió la avenencia casi concluída y detuvo el trabajo de 12.000 obreros.

Abierto otra vez el Parlamento, el gabinete fué objeto de una serie de interpelaciones sin consecuencias. El 17 de mayo entablóse en la Cámara una nueva discusión sobre la política religiosa del gobierno, á propósito de una carta que el nuncio apostólico en Francia había dirigido *motu proprio* á los obispos. Tres interpelaciones se anunciaron al ministerio sobre esta carta. Sin esperar su explanación, Casimir-Perier explicó las negociaciones entabladas con la Santa Sede desde la constitución del gabinete, y hay que reconocer que ningún otro había mostrado más firmeza en sus reivindicaciones ni más inflexible moderación en la defensa de los derechos del Estado laico. El presidente del Consejo, si bien convino en que la intención de monseñor Ferrata había sido buena, censuró su carta, diciendo que la forma y el carácter del documento eran inacep-

tables, y sometió á la Cámara una especie de retractación del nuncio. Finalmente, la Cámara hizo justicia al gabinete otorgándole un voto de confianza.

Hemos de señalar, menos por su importancia que por las consecuencias ulteriores que tuvo, una pregunta que el general Riu dirigió al ministro de la Guerra en 21 de abril. Un periódico había publicado consideraciones paradójicas sobre el desarme y apreciaciones poco halagüeñas para algunos de los grandes jefes militares franceses, atribuyéndolas á un comandante de cuerpo de ejército. Una nota de la *Agencia Havas* había desmentido oficiosamente el aserto del periódico en cuestión; el general Riu pedía un mentís oficial que el general Mercier dió, con aplauso de la Cámara. Pero



Manuel Arene

no todo el mundo quedó convencido y muchos dieron crédito á las afirmaciones del *Figaro*.

El 22 de mayo, mientras en el Senado el Sr. Combes interpelaba á Spuller sobre la prohibición de la Medicina y el Derecho á los alumnos de la enseñanza moderna, la Cámara derribaba, casi sin darse cuenta de ello, al gabinete Casimir Perier. Un diputado radical, el Sr. Salfis, interrogó á Jonnart sobre el hecho de que varias Compañías se habían negado á que sus operarios asistieran al *Congreso nacional de la federación de los Sindicatos de ferrocarriles*. Jonnart contestó que las Compañías concederían autorizaciones individuales, sin tener en cuenta nada más que las necesidades del servicio. «¿Y qué haréis respecto á los operarios de los ferrocarriles del Estado?» preguntó el Sr. Jourde. «La ley de 1884 no se aplica á ellos, contestó Jonnart, porque su salario lo fija el presupuesto.» Convertida la pregunta en interpelación, Millerand propuso una orden del día, adoptada tiempo atrás por la Cámara, siendo ministro Viette, y que invitaba al gobierno á hacer respetar la ley de 1884 por la administración de los ferrocarriles del Estado.

El Sr. de Ramel se unió á los Sres. Millerand y Jourde y, á pesar de la intervención del presidente del Consejo, que desechó toda orden del día motivada, adhiriéndose á la orden del día pura y simple, negóse la prioridad á esta orden del día pura y simple por 251 votos contra 217. El presidente del Consejo y sus colegas no esperaron la conclusión del debate; salieron del

Palacio Borbón y llevaron su dimisión al presidente de la República.

Tres semanas antes de esta lamentable sesión, el 29 de abril, en la apertura de la Exposición de Lyon, el presidente del Consejo, firme en la homogeneidad de su gabinete y en la confianza creciente de la Cámara, había pronunciado un notable discurso, diciendo con soberana claridad, en fórmulas de una feliz concisión y de un estilo casi lapidario, las condiciones con las cuales comprendía el ejercicio del poder. No citaremos de este discurso más que la enumeración de las reformas realizadas ó proyectadas por un ministerio que no había durado seis meses.

Los proyectos militares del general Mercier aumentan sin gastos considerables la fuerza defensiva del país.

Los derechos de sucesión no debían ya percibirse sino sobre el activo neto de las herencias y se había sometido al Parlamento un proyecto de disminución de derechos sobre las ventas de inmuebles y un proyecto de organización de seguros agrícolas.

Se habían propuesto reformas en la legislación de las bebidas alcohólicas y en el Código de actuación, y los presupuestos, preparados por Burdeau, abundaban en medidas ingeniosas y sabias.

De haber continuado el ministerio Perier en el poder, quizá se hubiera evitado la tragedia del 24 de junio y los hombres que constituían el gabinete hubieran podido asegurar la defensa social, sin menoscabo de ninguna de las libertades que son la razón de ser de la República, asegurar el pacífico funcionamiento del parlamentarismo en una gran democracia y asegurar sobre todo á los humildes y á los desheredados de la fortuna las satisfacciones y el bienestar á que tienen derecho, sin menoscabo de los grandes principios de la Revolución francesa.

IX

El gabinete Casimir-Perier había sido derribado por los radicales y por la derecha parlamentaria. Como no había que pensar en amalgamar elementos tan distintos, ni en dar entrada en un ministerio republicano á socialistas revolucionarios, el presidente tuvo que apelar á los radicales. Peytral y Brissón, llamados al Eliseo, consideraban posible la formación de un gabinete de concentración, en el cual los radicales estuviesen en mayoría, y creían que Bourgeois era el más indicado para realizar esta combinación. Pero Bourgeois se negó obstinadamente á formar el ministerio que de él se esperaba. El presidente acudió de nuevo á Carlos Dupuy, que era de su agrado y le había sacado de apuros el año anterior. Dupuy, que poseía la confianza de la mayoría que le había elegido presidente de la Cámara, hizo el sacrificio de abandonar esta tranquila presidencia para volver á su puesto de combate. Con su decisión habitual, pronto hubo formado nuevo gabinete. Él volvió á tomar, con la presidencia del Consejo, la cartera del Interior, agregándole los Cultos, y dió la de Gracia y Justicia á Guérin, la de Hacienda á Poincaré, la de Instrucción Pública y Bellas Artes á Leygues, la de Marina á Félix Faure, la de Guerra al general Mercier, la de Colonias á Delcassé, la de Comercio á Lourties, la

de Agricultura á Viger, la de Obras Públicas á Barthou y la de Negocios Extranjeros á Hanotaux. Era un ministerio casi enteramente moderado, pues en él sólo figuraba un miembro del grupo radical, Viger. Los radicales pusieron el grito en el cielo, pero sus reclamaciones fueron vanas, por cuanto su jefe, Bourgeois, había prometido de antemano su apoyo á la combinación.

La declaración ministerial, corta y sin pretensiones, tuvo mejor acogida en la Cámara que en el Senado, quizá porque esta asamblea sólo estaba representada en el gabinete por dos de sus miembros, menos conocidos que honorables, Guérin y Lourties. Los ministros se presentaban como hombres de buena voluntad, resueltos á asegurar el orden público contra todas las agitaciones, y dispuestos á mejorar la suerte de los trabajadores. Entre las reformas sociales, el gabinete daba la preferencia á la reforma fiscal y terminaba el documento asegurando toda su solicitud á los viticultores.

Apenas constituido el ministerio, el general Mercier tuvo que contestar á una embarazosa pregunta del general Riu, diputado radical. En una información sobre el desarme, el *Figaro* había dado la opinión de un comandante de cuerpo de ejército que no nombraba, pero á quien designó todo el mundo: era el general Galliffet. El ministro afirmó que ningún comandante de cuerpo de ejército había proferido las palabras que se le atribuían, y se dió por terminado el incidente.

En substitución de Carlos Dupuy, la Cámara eligió presidente á Casimir-Perier por 227 votos contra 187 que obtuvo León Bourgeois, candidato de los radicales. A pesar de esta derrota, los *leaders* del partido radical, Goblet y Pelletán, quisieron interpellar al gabinete sobre su formación, sosteniendo que ésta no había sido constitucional. Para que lo fuese, ¿se debía formar un ministerio compuesto de hombres pertenecientes á todos los grupos que se habían coaligado el 22 de mayo? La Cámara no lo estimó así, puesto que contestó á la interpellación con un voto de confianza.

Las demás discusiones interesantes que se entablaron en la Cámara en el mes de junio, fueron relativas á las cajas de retiro de mineros, á la revisión de la ley de 1884 sobre los Sindicatos profesionales, á la actitud política de los profesores de enseñanza y al límite de garantía de interés por el Estado para las obligaciones de ferrocarriles. La ley relativa á las cajas de retiro de mineros fué promulgada el 9 de junio. La proyectada reforma de la ley sobre sindicatos profesionales, después de una larga discusión, fué aplazada. La discusión de la garantía por el Estado á las compañías de ferrocarriles fijó el término de esta garantía en 31 de diciembre de 1904, pero la cuestión no quedó resuelta, pues había de determinar, al reproducirse más tarde en la Cámara, accidentes ministeriales y una dimisión presidencial.

El mayor éxito tribunicio lo obtuvo, en 7 de junio, el ministro de Negocios Extranjeros, Sr. Hanotaux, con la lectura de una Memoria histórica, en contestación á la interpellación de los Sres. Etienne y Deloncle sobre la situación de Francia en Africa. Los interpellantes creían que los tratados firmados por Inglaterra con el rey de Italia y con el soberano del Estado independiente del Congo perjudicaban á los intereses de Francia en Africa. Sobre este tema se explicó Hanotaux. El acta

general de Berlín, de 22 de febrero de 1885, domina todo el derecho internacional africano y concede á Francia el derecho de interesarse en todo lo que pasa en los territorios reservados á la Asociación internacional africana, que administra el Estado independiente del Congo; pues bien, el tratado anglo-congolés de 12 de mayo no respetó las condiciones de existencia de la Asociación del Congo en el valle del Congo, como no respetó la integridad del imperio otomano en el valle del Nilo. Respecto á la vecindad de las posesiones francesas y de las posesiones congoleas en Africa, Hanotaux repitió que, en virtud de un convenio de 1887 con Bruselas, la acción política de Francia y del Congo debían estar separadas por el Ubangui y por el cuarto paralelo. En 1890 se supo que los agentes del Estado independiente, atraídos por la caza del marfil, habían pasado el Ubangui y el cuarto paralelo. Estas incursiones se renovaron varias veces, y el anterior ministro, Casimir-Perier, había aceptado un arbitraje, cuando se tuvo noticia del convenio del 12 de mayo. Este convenio incita al gobierno francés, sin esperar el arbitraje, á tomar medidas conservadoras y á enviar sobre el terreno al oficial comandante del alto Ubangui. Hanotaux termina diciendo que si la Cámara le proporciona los medios, el gobierno asegurará, en aquellas remotas regiones, reservas de porvenir á los destinos de Francia.

La Cámara votó por unanimidad una orden del día aprobando las declaraciones del gobierno que sabría hacer respetar los derechos de la nación francesa.

En 9 de julio, el ministro de Colonias, respondiendo al llamamiento del ministro de Relaciones Extranjeras, presentó una petición de crédito de 1.800.000 francos para la protección de los intereses franceses en Africa, y la Cámara lo otorgó con entusiasmo.

El día antes, el Senado había adoptado una proposición encaminada á celebrar anualmente en Francia la fiesta de Juana de Arco, el segundo domingo de mayo, aniversario de la liberación de Orleans, y á erigir un monumento en honor de aquella heroína y mártir del patriotismo en la plaza de Ruán donde fué quemada viva. El proyecto no pasó de una proposición votada por una sola asamblea. En la discusión habían pronunciado elocuentísimos discursos favorables al proyecto los Sres. José Faure y Carlos Dupuy. En la labor legislativa del Senado, justo es señalar el estudio de la cuestión relativa á las habitaciones económicas, el voto favorable al saneamiento del Sena y de París y á la creación de las cajas de retiro de mineros.

Tal era la situación en Francia, tranquila en el interior y en el exterior respetada, cuando Carnot salió de París, el 23 de junio, acompañado de Carlos Dupuy, del general Boriús y del Sr. Tranchau, para cumplir la promesa hecha á los lioneses de ir á visitar su Exposición.

En Dijón, donde el tren presidencial se detiene cinco minutos, Carnot encuentra á su hijo mayor, teniente de infantería, á su yerno, el Sr. Cunisset-Carnot, y á su hija con los hijos de estos dos. Llega á Lyon aquella misma tarde, y después de haber recibido á los funcionarios en la Casa Consistorial, se va á la Prefectura. El día del domingo es consagrado á nuevas recepciones, á visitar hospitales y la Exposición y á un banquete que el Municipio ofrece al presidente de la República en el

Palacio de la Bolsa. En su contestación al brindis del alcalde, Sr. Gaillétón, Carnot recuerda que, al principio de su presidencia, en 1888, visitó la ciudad, con la cual contrajo una deuda de gratitud que ahora viene á pagar, antes de llegar al término de la misión que le había sido confiada por los representantes del país. Sabíase, en efecto, que Carnot no aspiraba á ser reelegido para un cargo aceptado en un momento crítico para la República. El presidente termina su discurso con un elocuente llamamiento á la concordia en nombre de esa patria, que necesita la unión de todos sus hijos para «la marcha incansable hacia el progreso y la justicia de que tiene que dar ejemplo al mundo.»

Del Palacio de la Bolsa al teatro, donde Carnot ha de aparecer un instante, no hay más que unos cuantos



Cornelio Herz

pasos. El presidente quiere hacer el trayecto á pie; Gaillétón, confidencialmente enterado por la señora de Carnot de que éste se halla cansado, insiste en que suba á un landó muy bajo: Carnot toma asiento en él con el alcalde y los generales Boriús y Voisin. El landó se pone en marcha lentamente, en medio de una muchedumbre compacta que aclama al jefe del Estado y que los jinetes de la escolta no tratan siquiera de apartar; por otra parte, Carnot ordena al jinete que marcha á su derecha y le impide ver al gentío, que se aparte un poco hacia atrás. En aquel momento, se acerca un hombre al coche y sube rápidamente al estribo, llevando en la mano un papel que parece un memorial; este papel oculta un puñal que el asesino, con mano experta, clava violentamente en el costado de Carnot. «Me han herido,» dice éste en voz baja, y un chorro de sangre tiñe la pechera de su camisa, mientras él se desploma en el coche.

El landó deja la calle de la República, donde acaba de ocurrir el drama, y el galope de sus caballos se dirige á la Prefectura, donde el presidente sucumbe al cabo de tres horas, el lunes 25 de junio, treinta y cinco minutos después de media noche. Su primo hermano, Siméon Carnot, y su hermana, varios médicos, muchos periodistas, los diputados y senadores del Ródano, el arzobispo de Lyon, monseñor Couillié, que le administró la extremaunción, el alcalde, el prefecto, las principales autoridades y el presidente del Consejo asistieron á sus últimos instantes. Carnot se extinguió lenta-